

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Infierno Inc.

Autor/es:
Nuño, Ana

Citar como:
Nuño, A. (1998). Infierno Inc. La madriguera. (4):57-57.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41622>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA



EL VIEJO TOPO

Infierno Inc.

*Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo: si no puedo doblegar a los dioses, removeré el Aqueronte. O sea, el infierno. El verso es de Virgilio, y lo pronuncia, en el libro VII de la **Eneida**, Juno. Con él rubrica la siempre celosa esposa de Júpiter su sed de venganza, su voluntad de frenar la llegada de Eneas, el troyano invasor, al trono latino. El mismo verso lo puso Freud de epígrafe a su **Traumdeutung**, su **Interpretación de los sueños**, que está a punto de cumplir cien años. Los mismos que ha cumplido hace nada el cine. No sé qué dioses presiden los destinos de este medio. Sospecho que ninguno, lo que tampoco está mal: con los Oscars y los premiecillos otorgados por las Academias nacionales a imitación de éstos, a bastante numen olímpico tienen que sobrevivir sus profesionales. Pero, ante el panorama que ofrecen nuestras carteleras en vísperas de los Premios Goya, cabe preguntarse si algunos cineastas españoles no han decidido remover cielo, tierra e infierno para hacerse con el único trono que legisla sobre sus carreras: el de la taquilla.*

*De ser esto cierto, han dado en la diana, que es la única diosa, la de la puntería, certera. Poco importa que la Academia del Cine de España haya decidido premiar al llamado cine intimista, representado en esta oportunidad por Montxo Armendáriz (**Secretos del corazón**) y Ricardo Franco (**La buena estrella**). La diosa que distribuye boletos a la entrada de las salas ya ha sacado cuentas, y en su palmarés ganan con ventaja Pedro Almodóvar (**Carne trémula**) y Álex de la Iglesia (**Perdita Durango**). El siguiente en su mirilla ofrece una confirmación de esta tendencia: el joven Amenábar y su **Abre los ojos**, que en menos de dos semanas ha recaudado 600 millones.*

La mentada tendencia se resume en versiones

*más o menos adocenadas de la amenaza junoniana: light, en el caso de Almodóvar, heavy, en el del director de **El día de la bestia**, y vacía-pero-técnicamente-impecable, en lo que concierne a Amenábar. Parafraseada, viene a decir algo así como: filmemos las pasiones y el delirio, la violencia y lo siniestro, el dolor y las torturas, pero hagámoslo de tal manera que de todo ello resulte un producto de diseño, tan estilizado y frío como una silla de Philippe Starck. Y el invento funciona. Sobre todo entre los jóvenes, a quienes parecen atraer las butacas manchadas de sangre. A condición, eso sí, de que ésta se haya secado y no manche.*

Hemos olvidado, por lo visto, algo tan elemental como que el alarde técnico, la interpretación de los actores y un guión sólidamente construido no bastan para hacer de una película buen cine. Robert Bresson, que en septiembre pasado cumplió noventa años, lo decía a su manera, sencilla, diáfana: "Un conjunto de buenas imágenes puede ser detestable". Ojo: lo que se deplora aquí no es que se aborden unos determinados temas. No sólo existe el infierno, sino que no hay que mudarse a orillas del Aqueronte para divisarlo. Está a la vuelta de la esquina, en las mujeres argelinas violadas y descuartizadas; en los niños obligados a prostituirse en las calles de Bogotá, Bangkok o Caracas, y hace menos de sesenta años, en los barracones y las duchas de Auschwitz. El infierno es una de las obras maestras del hombre; también lo es su adulteración a manos de sagaces empresarios, que en eso se están convirtiendo nuestros enfants terribles del cine, para quienes el célebre dicho vale también invertido: de malas intenciones está hecho el camino que conduce a la taquilla del cielo.

Ana Nuño